

### **Miklos Jancso, rococó histórico**

Antes de convertirse en la localización que más rodaje porno internacionales acoge, Hungría tuvo su cine. Fue hace tiempo, en los años 60, en plena efervescencia de aquello que se ha dado en llamar 'Los nuevos cines'. Frente a los checos, polacos, suizos e italianos, los húngaros llevaban la delantera, con un montón de cineastas hábiles (Istvan Szabo, Sara Sandor, Judit Elek, Istvan Gaal) dirigidos, como sucede siempre cuando se forma una banda, por un jefe de filas que encarna las esperanzas estéticas y cinematográficas de una nación. Este rol lo desempeñó Miklos Jancso.

Habría, para comprender un poco mejor cómo su obra fue contemplada, y continúa siéndolo, que partir de un detalle: la consideración con la que la crítica ha delectado su nombre durante estos últimos treinta años. A finales de los años 60, en los que fue descubierto, se escribía «Jancso Miklos», respetando escrupulosamente el orden y la musicalidad de la lengua húngara con una deferencia no preciosa sino ridícula. Después vinieron los años 70, en los que con una familiaridad casi pasmada, se comenzó a decir «Jancso» con fatiga, incluso con cierto tufo de desprecio en la voz. Jean Eustache, adepto él también a los planos largos, podía decir en sus entrevistas que encontraba “insoportable el manierismo y la vanidad de las secuencias interminables de Jancsó”. El viento comenzaba a cambiar para mal para el húngaro.

Manierismo. Hoy, aunque no haya dejado jamás de rodar, sus películas no salen nunca de Hungría a no ser rellenar algunos festivales, se escribe «Miklos Jancso», señal indefectible de que a todo el mundo le da igual.

Una dosis de manierismo procedente del Este no asusta, como saben los fans de Bela Tarr por ejemplo. Por eso es injusta la suerte de Jancsó, sobre todo al respecto de las películas que Jancsó firmó en el tiempo de su esplendor. Y son precisamente cuatro de ellas las que más marcaron una época y una forma de hacer cine: *Los desesperados* (1965), *Los rojos y los blancos* (1967), *Silencio y grito* (1968) y *Salmo Rojo* (1971). Películas que hizo, como confesó a *Cahiers du Cinéma* en 1969, para “saber cómo se puede ejercer honestamente el poder”.

Para intentar comprender las metáforas políticas que estas cuatro películas portaban, hay que remontarse a la educación de Jancsó. Nacido en 1921, ha visto desaparecer al final de la II Guerra Mundial el régimen opresivo de Horthy y comenzar un régimen comunista que imponía, con sangre e hierro, una dolorosa división de tierras. Después vino el ahogo de la revolución de 56, seguido por diez años de un discurso oficial inscrito en la gruesa línea staliniana de los tópicos y los estereotipos, vendiendo Hungría como la más feliz de todas las democracias populares.

Planos secuencias. Estos acontecimientos, las películas de Jancsó no tratan directamente del relato pero sus ecos resuenan evidentemente en sus historias (películas históricas, epopeyas campesinas, evasiones exóticas) que debían pasar por las bisagras desviadas para desarrollar con más libertad, a resguardo de la censura, sus propuestas. Estas historias, la Hungría ocupada por los vieneses en 1860 (*Los desesperados*), la frontera rusa en 1917 (*Los rojos y los blancos*), después de las reformas agrarias del fin del siglo XIX (*Salmo rojo*), muestran por un lado una Hungría convertida en drama kafkiano por sus habitantes. La mirada de Jancsó es a la vez fascinante y punzante: la psicología y la motivación profunda de los actos son voluntariamente desechados, inexplicados, con los planos secuencias volviéndose cada vez más opacos, con esos movimientos que acabarán siendo la marca internacionalmente registrada del cineasta. La repetición de las escenas, o su brutal emergencia, inventan una especie de barroco despavorido, un manierismo flamígero a la vez que agotado.

Pero un día, todo este mecanismo se concibió como fórmula, y las películas de Jancsó han dejado lentamente de ser vistas. Y con ellas, desafortunadamente más grave, casi todo el cine húngaro.

**Philippe Azoury**, “Miklos Jancso, rococo historique”, *Libération*, 05/09/2001